

CONFERENCIA LEÍDA POR EL ARQUITECTO ESCOLAR
DON LEOPOLDO TORRES BALBÁS

LOS EDIFICIOS ESCOLARES
VISTOS DESDE
LA ESPAÑA RURAL

XX FEBRERO MCMXXXIII

LAS CONSTRUCCIONES ESCOLARES HASTA 1920. LA
OFICINA TÉCNICA DE CONSTRUCCIÓN DE ESCUELAS
DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

HASTA el año 1920 la construcción de edificios escolares era iniciativa de los Ayuntamientos. El Negociado de Arquitectura escolar del Ministerio de Instrucción pública informaba técnicamente los proyectos, redactados por Arquitectos provinciales y municipales y presentados por los Ayuntamientos, siendo subvencionados por el Estado con cantidades que podían llegar hasta el 80 por 100. Las diversas y heterogéneas intervenciones en tales expedientes daban como resultado que la mayoría de las escuelas que se intentaron construir por este sistema fueran una ficción más de las que dominaban en el régimen político actuante, diluyéndose las responsabilidades de tal modo que siempre se encontraba la manera de evadirlas. Por influencia política se conseguían subvenciones del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes; para ello era preciso enviar el expediente con la documentación exigida, en la obtención de la cual entraban en acción todos los elementos a quienes convenía hacer resaltar el prestigio del personaje político local, que lue-

go había de ser el presunto gestor de la construcción escolar. Se daban casos lamentables: con frecuencia no se construían las Escuelas, dejando perder la última anualidad de las concedidas por el Estado, o se aplicaban éstas indebidamente. En muchos casos—y no de los más desfavorables—los Ayuntamientos invertían en la construcción escolar tan sólo las aportaciones obtenidas del Estado. Haciendo una estadística de estas cantidades y de las Escuelas construídas, se vería claramente el resultado desastroso de tal sistema.

Desde que el año 1900 se crea el Ministerio de Instrucción pública hasta el 1921, es decir, durante los veintiún primeros años del siglo, se construyeron con auxilio del Estado 216 edificios escolares, lo cual supone una media de 10 a 11 por año; las subvenciones que pagó el Estado por ellos sumaron 4.816.264,67 pesetas. De haber seguido este mismo ritmo en los años sucesivos, hoy los edificios escolares modernos apenas pasarían de los 300 en toda España. Una estadística oficial de 1921, que creemos extraordinariamente optimista, clasifica 24.346 edificios escuelas: 6.731 los supone en buenas condiciones para la enseñanza, 10.252 en regulares y 7.363 en malas; pues bien, siguiendo el ritmo de construcciones escolares de 1920 a 1921, se hubieran tardado seiscientos sesenta y nueve años en sustituir las supuestas 7.363 Escuelas en malas condiciones.

En 1920, fracasado totalmente este sistema, en vista de tal lentitud constructora, y no encontrándose los Municipios capacitados para esa función, ni sintiendo la responsabilidad del problema, por De-

creto de 20 de noviembre se creó la Oficina Técnica para Construcción de Escuelas, cesando ese período caótico, ensayándose la construcción directamente por el Estado, quien ejerció desde entonces una tutela eficaz, cooperando los Ayuntamientos de diversos modos y con cantidades variables. Otras varias disposiciones posteriores permitieron realizar una labor intensiva en el período 1920-1932, interrumpida algún año por circunstancias especiales.

Para todos los que conocen la realidad de nuestra vida rural, no hay que insistir en cómo, desgraciadamente, el Estado tiene que tutelar aún en infinidad de casos a los Municipios, sobre todo en cuestiones de cultura e higiene, problemas que apenas se sienten en el agro español. Comarcas hay y regiones en las que el nivel cultural es elevado y la educación ciudadana una realidad; pero se hallan en proporción reducidísima respecto a las restantes. Afirmemos, pues, categóricamente, que durante bastantes años el Estado tendrá que continuar tutelando a los Ayuntamientos en lo que se refiere a la construcción escolar en gran parte de España, si se quiere mejorar el deplorable estado de la inmensa mayoría de nuestras Escuelas rurales. Tal es la opinión de los Arquitectos que llevamos varios años construyendo Escuelas por toda España, en contacto directo por ello con los Ayuntamientos y los pueblos.

La creación de la Oficina Técnica produjo también la ventaja de que los proyectos de Escuelas construídas por el Estado se redactasen por Arquitectos especializados, conocedores de los problemas que plan-

tean esos edificios, y no, como antes, por técnicos dedicados frecuentemente a actividades muy distintas. Los grandes avances de la técnica, la diferenciación cada día mayor de todas las disciplinas, exige imperiosamente la consagración a actividades muy limitadas, si han de dominarse como deben. En 1920 reconocióse esto por el Estado para la arquitectura escolar; tuvieron que pasar nueve años más para que se extendiera análogo criterio a la conservación de los monumentos antiguos, actividad también de tipo muy especializado.

Organizóse la Oficina Técnica con un Arquitecto jefe, que fué el inspirador de toda esta reorganización reseñada, la voluntad inteligente, enérgica y constante, capaz de crear en una burocracia desorganizada y caótica un servicio activo y fecundo, de sostenerlo a través de muy diversas gentes, de mejorarlo con disposiciones posteriores a su creación, dictadas por la experiencia, y de animarlo siempre. A las órdenes del Arquitecto jefe hay sesenta y dos proyectistas y provinciales. Estos envían a la Oficina nota de los precios de jornales y materiales y de los procedimientos constructivos de las regiones en las que residen, con lo cual hay siempre en aquélla una información muy completa para la redacción de los proyectos. Además, los Arquitectos proyectistas realizan frecuentes visitas de inspección por toda España, lo que contribuye a un conocimiento tan importante en esta actividad como es el del suelo español, si se ha de hacer una labor realista y útil.

La obra de la Oficina Técnica es, pues, hoy labor

colectiva, aunque con estricto espíritu de justicia deba reconocerse siempre la enorme de su creador e inspirador, en la que intervenimos numerosos técnicos de formaciones muy diversas, desde la tradicional y pseudo clásica, hasta la de los seguidores de las últimas tendencias racionalistas y funcionales. Todos han encontrado siempre absoluta libertad para sus creaciones, dentro de las normas generales pedagógicas y técnico-higiénicas que era obligatorio cumplir—y aun éstas, en muchas ocasiones, se han interpretado con gran elasticidad—, y de un criterio general de modestia en el coste y austeridad en la traza, al mismo tiempo que de higiene y solidez, características en las que no hay que insistir, pues surgen claramente de la contemplación de las fotografías, planos y gráficos que figuran en la actual Exposición de la labor realizada por la Oficina Técnica de Construcciones escolares del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Esa Exposición y estas conferencias intentan dar a conocer una labor callada y silenciosa a través de doce años, y que—opinión puramente personal—tal vez equivocadamente, ha desdeñado la publicidad.

Dedicado el que os habla a actividades lejanas de éstas escolares, su contacto con la organización de la Oficina se ha reducido a la dirección de algunos modestos edificios de Escuelas en diversas comarcas españolas. Es, pues, una experiencia rural la que traigo hoy aquí, y desde ese ángulo, tan desdeñado e ignorado, inténtase examinar algunos aspectos del problema. Esta experiencia mía no es la del que llega

rápídamente a un pueblo, recoge unos datos proporcionados por el Inspector de Primera enseñanza, el Maestro o el Alcalde, dirige una mirada distraída al edificio escolar y se marcha, lo que puede ser digno de loa y hasta útil; es la del que tiene que estar varios meses en contacto con las realidades del pueblo, conociendo sus recursos, sus medios de vida, su ambiente.

Alrededor de la Oficina Técnica han circulado en estos últimos tiempos no pocos tópicos de los que ignoran por completo su obra, que ahora se intenta dar a conocer. Son los tópicos que cercan nuestra vida, que nos envuelven por causa de la pereza mental; las gentes prefieren aceptar un lugar común que leen u oyen, al esfuerzo cerebral que supone plantearse los problemas y tratar de resolverlos. Y en este momento tan capital de la vida española triunfa el tópico de manera rotunda abajo y arriba, a la derecha y a la izquierda. ¿Es que las pasiones, desatadas como nunca, hacen que inconscientemente aceptemos las fórmulas que nos proporciona el correligionario, el amigo o el compañero, para estar seguros de coincidir con ellas? ¿O es que la rapidez de la vida actual nos impide el raciocinio?

LOS EDIFICIOS ESCOLARES VISTOS DESDE LA ESPAÑA RURAL

Infinidad de gentes pasan su vida entera en las ciudades, ignorantes por completo de esa otra España rural, tan distinta. Los problemas, de toda ín-

dole, varían radicalmente según se contemplen desde una ciudad o desde una aldea perdida en nuestro agro. Todo movimiento en el que no se tenga en cuenta estas dos Españas, prescindiendo de la rural, está condenado al más completo fracaso; no pocos ejemplos podrían citarse de ello. Gentes hay que salen al extranjero, que conocen la vida en Francia, Alemania e Inglaterra, y que en España no se han asomado nunca a una aldea. Son, naturalmente, muchos de ellos arbitristas, que tienen soluciones teóricas y disparatadas para problemas fuertemente enraizados en la vida del país.

Pues bien; las características fundamentales de nuestra vida rural, en lo que afecta al problema de construcción de escuelas, son la pobreza y el atraso.

La pobreza española en relación con las naciones próximas es axiomática, aunque haya que estar insistiendo en ella a cada momento para evitar alegrías que luego se pagan muy caras. No lo supo, o lo olvidó Primo de Rivera, quien, inscientemente, manejó el tópico de nuestra riqueza, fomentando con ello una monomanía de grandezas hacia la que, desgraciadamente, está siempre propenso a lanzarse el carácter nacional. Salvo unas cuantas vegas y algunos valles—verdaderos oasis cuya superficie es muy reducida en relación con el resto—, el campo español es de una gran pobreza, y las condiciones de vida en él misérrimas, aunque modificables, naturalmente, dentro siempre de cierta austeridad.

Veamos la realidad de casi todas nuestras aldeas en lo referente a la construcción: suelos de terrizo o

de baldosas de barro apenas cocidas, es decir, suelos polvorientos y sucios; techos de rollizos; ausencia de cielos rasos; armaduras de par e hileras deficientemente atirandadas; crujías con un ancho máximo de tres a tres metros y medio; muros de tierra, ladrillo o mampostería, trabados con barro; carencia total de agua, retretes y servicios higiénicos; ventanas reducidas, cerradas con postigos de madera y sin vidrios.

Construir con arreglo a estas condiciones, es decir, construir con arreglo a las características rurales, con los materiales de las viviendas aldeanas y con los obreros de la localidad, resulta muy económico; construir con normas totalmente nuevas, con materiales importados y con obreros de otros lugares, resulta carísimo. ¿Iba a sacrificarse todo a la economía levantando construcciones tan miserables como la mayoría de las viviendas campesinas, con su mismo aspecto de hosquedad y frigidez, en pésimas condiciones higiénicas, con anchos de crujía muy reducidos; construcciones que exigieran, al poco tiempo de levantarse, gastos considerables de entretenimiento? O, por el contrario, ¿se edificarían Escuelas monumentales, extrañas por completo a la construcción de la localidad, con materiales excelentes?

La Oficina Técnica no adoptó ninguna de ambas tendencias extremas. Ha levantado edificios sencillos, sin superfluidad alguna—una visita detenida a la Exposición actual permite comprobarlo de manera que no deja lugar a duda—, inspirados en la construcción regional, no en las formas decorativas, cosa pasajera y advenediza, sino en el empleo de mate-

riales y estructuras. No olvidó la pobreza de España, que obliga a una gran austeridad; pero, al mismo tiempo, pensó que la Escuela cumple una función social, no limitada a las horas en que están encerrados en ella los niños, sino permanente y en relación con todas las gentes.

LO QUE DEBE REPRESENTAR EL EDIFICIO ESCUELA EN LOS PUEBLOS

La inmensa mayoría de nuestros pueblos se forman por un mísero caserío agrupado alrededor de un edificio monumental, que destaca por su masa imponente sobre las viviendas que le rodean; alguna vez, sobre un altozano, se yerguen los restos de una fortaleza, recuerdo de un poder hace tiempo extinguido. Ese edificio monumental es la iglesia; tiene una tradición secular; muchas generaciones de artistas han contribuido a su embellecimiento; su interior, amplio, ricamente alhajado, resplandece en las ceremonias del culto con las luces, con el brillo de los metales, con las pinturas y dorados. Las pobres gentes que viven en tugurios estrechos, medio ruinosos, sombríos, sin comodidad alguna, acuden a ese medio fantástico para ellos del templo, que, con sus luminarias y sus cultos, con todo el prestigio secular que posee, les procura, por algunos instantes, la evasión de su vida dura, ingrata y miserable. La Escuela del mismo pueblo, en cambio, es un local destartado y sucio, como una de tantas casas de vivienda,

de dimensiones algo mayores tan sólo, y el aldeano, el lugareño—el de nuestra tierra, hombre poco dado a abstracciones, sensible extraordinariamente al aparato, al boato, al aspecto externo de las cosas—, relaciona la importancia de la función con la del lugar en el que se realiza y con la forma espectacular y brillante de cumplirla.

¿Quiere esto decir que el edificio Escuela debe rivalizar en prestancia y monumentalidad con la iglesia? Locura sería pensarlo. Quiere decir que la Escuela rural ha de ser—y en tal sentido es la labor realizada por la Oficina Técnica—un edificio sólido, con cierta prestancia dentro de las normas de austeridad imprescindibles, que, aun utilizando en todo lo posible los materiales y la mano de obra de la localidad, supere a las viviendas inmediatas. El prestigio de la función social del Maestro rural se acrecentará no poco si se le coloca en un edificio de tales condiciones. No hay que extenderse en las ventajas educativas de él sobre los alumnos; en cómo, también para éstos, la Escuela tendrá más o menos prestigio, según sea el edificio en que esté instalada; de cómo, si esa Escuela es amplia, limpia, soleada, ese niño, el día de mañana, querrá vivir en condiciones distintas a las que vivieron sus padres, y cómo, utilizando los servicios higiénicos de la Escuela—en infinidad de pueblos, desconocidos hasta la construcción de ella—, exigirá el día de mañana su instalación en la vivienda que ocupe.

En suma, la Escuela rural, si se quiere que desempeñe una función ampliamente educadora y social,

debe ser algo más que un barracón con locales amplios, semejante, aunque algo más grande, a una de tantas viviendas del pueblo.

EL COSTE DE LAS CONSTRUCCIONES ESCOLARES RURALES

Uno de los tópicos que ha circulado últimamente con más frecuencia por ahí es el del coste de las construcciones escolares. Gentes que apenas se han asomado a estos problemas sostenían que las Escuelas deberán costar una cierta cantidad; como si cualquier persona, por escasamente que utilice su inteligencia y su razón, no comprendiera que su precio de coste tiene que variar, en nuestro país, entre límites muy amplios, al variar, como varían considerablemente, a veces entre localidades próximas, los precios de jornales y los de los materiales.

Recuerdo haber construido unas Escuelas, hace años, en un medio rural en el que existían unas minas que, en aquel momento, pagaban salarios muy elevados. La mano de obra resultó, a consecuencia de ello, elevadísima, y los materiales contribuyeron a aumentar el coste, por tener que llevar algunos de ellos—la teja, el ladrillo, la cal, la madera—desde largas distancias. Hay lugares apartados, con malos medios de comunicación, en los que la mano de obra es económica; otros, ciudades y pueblos de más vida, en los que es cara. Estas diferencias se dan aun entre poblaciones de bastante importancia; actualmente, en

Granada, el peón gana 7,75 pesetas; en Murcia, 5,00. Varía enormemente la mano de obra; ¿y los materiales? Pero antes de ver el precio de éstos sepamos de cuáles podemos disponer. En la España rural hay dos maneras de construir, como queda dicho: una, muy barata; otra, enormemente cara. Es la primera la que se reduce a emplear los materiales y los obreros de la localidad, siguiendo los procedimientos tradicionales; la otra, la que utiliza prácticas de construcción exóticas y materiales de fuera: ésta es enormemente cara.

En general, para conseguir la mayor economía posible, se han utilizado por la Oficina Técnica los materiales y obreros de la localidad; pero esto no puede realizarse siempre. Hay pueblos en los que no hay más material para pavimentos que baldosas de barro mal cocidas, que se disgregan rápidamente; en otros no existen más maderas que las rollizas, utilizadas hasta para planchas o dinteles de puertas y ventanas, y con las cuales no pueden construirse armaduras de cinco a seis metros de luz, como son necesarias para una clase; en algunos, por ejemplo, en muchos de las Alpujarras, no hay teja, y el ancho de las clases no permite emplear los terrados de launa que constituyen el procedimiento corriente de cubiertas; en bastantes aldeas no hay cristales para las ventanas, ni un fontanero que sepa arreglar una cisterna de un retrete, desatrancar un sifón, soldar un tubo por el que haya un escape. Al no haber estos materiales imprescindibles, en muchos pueblos es necesario llevarlos, a veces, desde largas distancias, en-

careciéndose con ello extraordinariamente la construcción, así como con los jornales de algunos de esos obreros especializados, que suelen faltar en no pocos.

Puede servir de ejemplo el caso de unas Escuelas construídas por mí en los pueblos de la Alpujarra —Amegijar y Notáez—, sin más vías de comunicación que senderos de montaña. Los albañiles indígenas no habían visto un plano en su vida; tuve la suerte de encontrar uno muy inteligente, que entendió mis explicaciones y que se pasaba, después de trabajar intensamente durante el día en la obra, las noches en claro estudiando los planos y detalles que yo le daba. Casi todos los materiales hubo que llevarlos en mulo, por un sendero de gran pendiente, desde distancias de dos y más leguas: el ladrillo, la teja, la loseta hidráulica para los suelos; toda la madera, tanto para la cubierta como para la carpintería de puertas y ventanas; el cristal, las tuberías de plomo y uralita, el depósito, los herrajes, el cemento...

Habrá, pues, Escuelas unitarias que puedan construirse por 15.000 pesetas, en lugares de jornales baratos y de materiales económicos situados a pie de obra; habrá otras que costarán 25 y 30.000 pesetas, en otros sitios de no tan favorables condiciones. Determinar empíricamente el coste de una clase o Escuela unitaria, repito que es labor absurda que la realidad se encargará de echar por tierra. Como es función de factores muy variables, su valor no puede ser, de ninguna manera, constante y permanente.

El edificio escolar está construido y se ha entregado al Ayuntamiento, que queda obligado a conservarlo. Si no se ha hecho una edificación sólida y resistente, teniendo en cuenta el servicio a que se destina, no tardará mucho en adquirir un aspecto vergonzoso de deterioro y ruina. Pues es inocente pensar que, en la actualidad, la mayoría de nuestros Municipios rurales, con mezquinos presupuestos, dada la pobreza del país, con más obligaciones que recursos, y poco sensibles, en general, a las atenciones de enseñanza, van a destinar alguna cantidad a la conservación y reparación de los edificios escolares. Si el Estado ha construido, pues, edificios que haya que reparar prontamente, poco sólidos, habrá tirado totalmente una cantidad de dinero no pequeña. Se dirá que puede obligar a los Ayuntamientos a cumplir con esa obligación; en teoría, sí; en la práctica, los que hemos andado por España y conocemos estos organismos, sabemos la imposibilidad de realizarlo con varios millares de Municipios.

Impónese, por tanto, la construcción de edificios sólidos, resistentes, que tengan un mínimo de gasto de entretenimiento y cuyos deterioros no obliguen a usar de mano de obra o materiales de fuera de la localidad, lo que es importante. Es decir: debe desecharse la construcción provisional o semiprovisional,

por la que parecen abogar algunos, como más cara, a la larga, e inútil por su pronto deterioro.

En este aspecto de la conservación de los edificios nuevos, los Inspectores de Primera Enseñanza pueden realizar una labor útil vigilándolos, recomendando su cuidadoso entretenimiento a los Maestros. Debería premiarse a los que los tuvieran mejor conservados, e incluso a los Ayuntamientos que más se preocuparan de su entretenimiento.

LAS INSTRUCCIONES TÉCNICO-HIGIÉNICAS PARA LAS ESCUELAS RURALES

Uno de los aciertos, a nuestro juicio, de la Oficina Técnica es la relativa libertad en que se ha dejado a los Arquitectos directores de obra para interpretar los proyectos. La variedad de los problemas planteados, tan distintos en cada caso, así lo imponía. Vamos a referirnos, por ejemplo, a la relación entre la superficie de clases y la de vestíbulos y corredores, de la que se ha hablado recientemente en la Prensa. Tratar de dar una fórmula aritmética en función de esa proporcionalidad puede parecer muy moderno y científico a los que padezcan de pereza mental congénita, pero es risible conociendo la variedad climatológica de España. ¿Es que esa relación debe ser la misma en una Escuela de la zona cantábrica, en la que las lluvias obligarán a los niños a estar gran parte del curso en el interior del edificio, que en otra de la zona levantina, en la que apenas

localidad. Tal regionalismo consiste en el empleo de esos materiales y de las formas constructivas tradicionalmente usadas a que dan origen, obra de una selección secular. Este sano regionalismo racionalista ha presidido casi todas las Escuelas rurales levantadas por la Oficina Técnica, de cuya enorme variedad da buena idea la Exposición que actualmente se celebra.

Desde los comienzos de la labor de la Oficina se sintió la necesidad de la diferenciación de tipos, según las características climatológicas de las diversas regiones, por razón de economía constructiva y de armonía con el paisaje y el ambiente. Entonces se hicieron diferentes tipos de Escuelas: de clima frío y seco, de clima templado-lluvioso, de clima cálido-seco, de clima frío y lluvioso. Estos han sido luego modificados, al realizarlos con arreglo a las características locales, procurando los Arquitectos directores de obras conseguir la mayor armonía posible con el paisaje, con el caserío inmediato y aun con algún monumento próximo; armonía obtenida por el emplazamiento, por la disposición de masas y por la entonación de las fachadas. Los edificios escuelas forman parte, en muchos pueblos, de un perfecto conjunto artístico que los siglos han contribuido a formar y que no debe, de ninguna manera, alterarse; han de ser construcciones perfectamente enraizadas en el lugar en que se levantan.

EL TÓPICO DE LA ARQUITECTURA RACIONALISTA EN LA CONSTRUCCIÓN DE EDIFICIOS ESCOLARES

La propugnación por los tipos comarcales y regionales—diríamos más acertadamente locales—de Escuelas está en pugna con la adopción del tipo *standard*, por el que parece abogan algunos con total desconocimiento de estos problemas en su aplicación al suelo español. Cuando, hace unos días, contemplábamos en el patio central del Ministerio de Instrucción pública las fotografías y los planos de un tipo de construcciones escolares extranjeras, tipo muy limitado, incluso fuera de nuestro país, que se nos quería hacer pasar como la última palabra de la técnica, como algo perfecto, acabado, sentimos no tener facultades y recursos para haber enviado a sus patrocinadores a construir edificios de ese tipo a una aldea de la provincia de Lugo, a un pueblo de Cuenca, a un lugarejo de Soria, de la serranía de Ronda, de la cuenca del Almanzora o de las Alpujarras. Quería imponérsenos un tópico arquitectónico, trasplantando un movimiento completamente extraño a España, sin conocer nuestras características ni la realidad de nuestro país. Tales Escuelas podrían construirse en Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao, es decir, en los grandes núcleos de población, por exigir una técnica constructiva muy adelantada, como existe en los países centroeuropeos, y resultarían actualmente de coste muy elevado; pero para levantarlas en

nuestros campos habría que llevar a ellos materiales constructivos y buen número de excelentes obreros de los grandes núcleos de población; es decir, que serían las construcciones así levantadas de verdadero lujo y ruinosas para el Estado español.

Todas estas construcciones escolares extranjeras tenían grandes, enormes ventanales. También en esto se nos traía una fórmula extranjera, centroeuropea, sin mayor reflexión y análisis, sin pensar que la luz de la mayor parte de nuestra tierra posee una intensidad enorme y que, por tanto, las ventanas de nuestros edificios escolares no deben ser copia de las usadas en otros climas, sino resultado del estudio de las características luminosas de nuestro país.

Otro tópico de los que más circulan actualmente, y triunfaba en la Exposición de Arquitectura escolar extranjera, es el de las cubiertas en terraza, lo que, como sistema general, es una moda, una última o penúltima moda de las gentes que presumen de modernidad. Claro que la terraza, en la construcción de Escuelas, es muy conveniente y hasta necesaria en algunos casos, como cuando el campo escolar es reducido, sombrío o húmedo, características estas últimas que se dan con frecuencia en los países centroeuropeos, por lo que se recomienda la terraza soleada, pero que son excepcionales en el nuestro. Habrá, por tanto, casos de Escuelas en los que convenga cubrirlas con terraza, y otros en los que sea más favorable una cubierta inclinada. En las Escuelas rurales, actualmente, la terraza es procedimiento constructivo imposible de utilizar en casi toda España, por ser totalmente exó-

tico y exigir materiales y obreros de los grandes núcleos de población, lo que las haría de elevadísimo coste y difícil entretenimiento.

Analicemos otro tópico moderno, del cual se ha hablado también en relación con las construcciones escolares: el de la supresión de las cornisas y aleros de los edificios.

Es la moda, y como tal la aceptamos, y hasta a veces nos satisface. Lo antipático, lo odioso y poco inteligente, no es que se defienda la supresión de cornisas y aleros y que se practique, sino que, con un espíritu inquisitorial, tan español, se pretenda excomulgar a los que usan esos elementos arquitectónicos, con el mismo derecho que los que los suprimen. El alero y la cornisa tienen dos funciones: una, de protección de las fachadas, alejando de ellas las aguas de lluvia y humedades; otra, estética, de terminación horizontal de esas fachadas. La primera puede discutirse; la segunda es cuestión de gusto personal que escapa a toda reglamentación. Déjennos, pues, los fervorosos catecúmenos de la última moda, que ya se va enranciando, la libertad de usar o no cornisas y aleros, y no nos limiten el empleo de las formas arquitectónicas, que ya llegará el día en que se les combata por las generaciones futuras, en nombre de otras formas más nuevas.

El conocimiento de lo que se hace por el mundo es hoy día imprescindible, y no debe excusarse en manera alguna; pero, en lo que respecta a la construcción escolar, ha de completarse forzosamente con el conocimiento de nuestro agro, puesto que en él se

han de levantar gran número de las construcciones escolares proyectadas. Afortunadamente, cada día es más frecuente el caso del español que sale al extranjero; pero la mayoría viven en grandes núcleos de población, y suelen desconocer la realidad inmediata de la vida rural a pocos kilómetros de su residencia.

En esa Exposición celebrada en el patio del Ministerio, entre buenos edificios escolares del extranjero, hechos con amplitud de medios, figuraba tan sólo uno español: la Escuela del Mar, de Barcelona, antiguo balneario adaptado a Escuela, construcción sin interés alguno. Quede aquí consignada nuestra protesta—es decir, la mía personal—de que al llevar esa Exposición al extranjero haya figurado ese edificio solo representando a España. Al verle, se habrá creído fuera que nuestro país no cuenta con mejor construcción escolar en su haber. El sectarismo técnico ha intentado poner a España y a la República en ridículo.

Entiéndase bien que no abominamos de la Arquitectura moderna, movimiento que, sin duda, habrá aportado no pocas ideas que enriquecerán el acervo de la evolución arquitectónica. De lo que sí abominamos es del lugar común, del tópico, disfrazado con formas que quieren ser novísimas. Y, triunfante ya el movimiento, confesemos que va perdiendo su simpático atuendo de combate para convertirse en fórmula hueca. “En cualquier parte—escribía recientemente Benjamín Jarnés—la misma severa, casi ceñuda geometría, el mismo desdén hacia la curva—¡tan vital!—, hacia todo lo que recuerde fragili-

dad, caricia... El artista desaparece; queda el industrial, el hombre de contaduría, que defiende, programa en mano, periódico en mano, la geometría más fosca, el color más violento, la audacia más impertinente, porque ya “se lleva”, porque ya—después de un penoso viaje entre burlas y pobreza—ha acabado por “llevarse”, por admitirse a ojos cerrados, sin pensar, sin discutir.”

Terminan aquí—antes debió de ser—estas palabras, reflexiones intrascendentes y vulgares de un modestísimo Arquitecto escolar con alguna experiencia de nuestra vida rural, tan pobre hoy, tan menguada, y tan digna, al mismo tiempo, de que nos acerquemos a ella con la máxima delicadeza y el máximo amor para conseguir el alumbramiento de una espléndida España futura, que ha de ser en gran parte obra de la rural, o no será.